

Alejo Carpentier: Cronista Mayor de nuestro Continente

El 26 de diciembre de 1904 nació en Cuba quien habría de ser reconocido, años más tarde, como uno de los más grandes escritores de lengua castellana del siglo XX. Alejo Carpentier, de padre francés y de madre rusa, es considerado como el precursor del actual sello distintivo de la literatura latinoamericana. Desde la realidad particular de su continente, propugnó una lectura de la realidad novedosa, con un trasfondo surrealista, que más adelante se denominará realismo maravilloso.

Según Klaus Müller-Bergh, Carpentier pasó su "primera infancia en una finca de Loma Tierra, del reparto El Cotorro, cerca

de su ciudad natal La Habana, donde vio la luz, en la calle Maloja. Viaja en su niñez por Francia, Austria, Bélgica y Rusia. Creció en una familia de emigrantes que vino a Cuba en 1902, dos años después de la independencia, aprende francés desde niño en el hogar, y español en el cálido ambiente tropical que le circunda". A la luz de esta confluencia de culturas, se puede considerar a nuestro autor como un puro producto del mestizaje que caracteriza a nuestra América.

El mismo Carpentier gustaba decir que "nuestro continente ha sido un crisol, una encrucijada en que se encontraban hombres de

muy distintas culturas y muy distintas procedencias, no somos de raza pura, por suerte". Salvador Bueno caracteriza esta suma de culturas diversas que moldeó al hombre Capentier en estos términos: "lo europeo occidental, lo hispánico y lo africano en la mezcla rica de sus circunstancias ambientales. En la casa hogareña los diálogos y los libros traerán ecos de aquellas viejas culturas europeas, lo bretón y lo eslavo en conjunción fructífera. Afuera en la calle, en la ciudad, entre los amigos que surgen, entre la gente que pasa y conversa, va alimentándose con lo colonial español y con el trasplante africano que, a fin de cuentas, forman la esencial cubanía. Y el futuro narrador todo lo incorpora, todo lo hace alimento para su espíritu".

Hay diversos elementos que entran en la formación intelectual de Carpentier y que configuraron de un modo particular su sensibilidad artística. Éste no es el lugar indicado para analizar con detalles cada uno de estos temas y su presencia en sus diferentes obras. Basta con recordar que nuestro autor cursó estudios de arquitectura, de música (él mismo llegó a considerarse un pianista aceptable) e incursionó en el periodismo para hacerse una idea de su vasta erudición. Al respecto,

Tania Licea Jiménez observa que en su textos Carpentier echa mano constantemente de sus conocimientos arquitectónicos y musicales. "Naturalmente —nos dice Licea Jiménez (hablando de *Viaje a la semilla*)—, los conocimientos del escritor sobre arquitectura [y sobre música] y sobre la ciudad misma se evidencian en el léxico. El texto está cargado de términos específicos de este campo, pero su uso no es gratuito, no es un simple alarde de erudición, sino un elemento que contribuye a la riqueza y la precisión de la descripción".

Por otro lado, algunos apuntes biográficos acerca de Carpentier revelan la importancia de sus distintos viajes a través del continente americano, sus encuentros con autores influyentes en su época, e incluso se habla del papel determinante que juega el contexto político de su tiempo para entender su obra (más adelante volveremos sobre este punto cuando hablemos del compromiso político de nuestro autor). Sin menoscabar la relevancia de cada uno de estos tópicos, el movimiento surrealista fue, quizás, el que más influyó y condicionó la creación literaria de nuestro autor. En el prólogo de su novela, *El reino de este mundo*, tal vez su obra más importante, discute su relación con esta corriente li-

teraria europea y establece sus límites para dar cuenta de las realidades de nuestro continente.

En otras palabras, se podría decir que el enfrentamiento de Carpentier con el surrealismo constituye la base de su proyecto, y que Ana Sánchez Molina denomina de ruptura con la tradición europea para iniciar su peregrinaje hacia el establecimiento de la identidad americana. "Hacia el año 1949, después de haber observado el surrealismo en sus mejores momentos, después de haberlo vivido en carne propia, en sus logros como en sus crisis internas, me encontré en América —dice Carpentier—, rodeado de jóvenes escritores, llenos de talento, que sólo entonces empezaban a manejar las técnicas, espejismos, magias y estrategias del surrealismo. No creía, sin embargo, que esto fuese del todo negativo. Era, al fin y al cabo, un camino para salir del rebotado nativismo latinoamericano de los años 20-40. Pero este camino había que nortearlo de otro modo. Había que utilizar la capacidad de entendimiento otorgada por el surrealismo a una observación de texturas, hechos, contrastes, procesos, de nuestro mundo americano".

Dicho de otra manera, el surrealismo fue el punto desde don-

de Carpentier inició su andadura intelectual. Reconoce que esta corriente literaria, cuyo máximo exponente fue André Breton, quien además le pidió expresamente que escribiera para la revista *Revolution Surrealiste*, fue su punto de partida. Sólo después de pasar por ella, beber de sus savias nutricias pudo superarla y, eventualmente, empezar con su nuevo proyecto. Dice nuestro autor al respecto: "Después de despegarme del surrealismo, fue cuando me vino el deseo de expresar el mundo americano". En este momento, Carpentier entendió que la realidad latinoamericana tenía mucho más que aportar a Europa y al mundo si lograba expresar con sus palabras, las vivencias de los hombres y mujeres del continente. "Después de sentir el nada mentido sortilegio de las tierras de Haití, de haber hallado advertencias mágicas en los caminos rojos de la Meseta Central, de haber oído los tambores del Petro y del Rada, me vi llevado a acercar la maravillosa realidad recién vivida a la agotante pretensión de suscitar lo maravilloso que caracterizó ciertas literaturas europeas de estos últimos treinta años".

De la observación de la realidad haitiana, Carpentier entendió que tenía que fijarse en las vivencias mágicas que se dan en todo

el continente. De ahí entonces, la necesidad de darla a conocer en sus distintas facetas y manifestaciones. Llegó a la conclusión, para decirlo en pocas palabras, que lo real maravilloso era patrimonio de todos los latinoamericanos. “Pero pensaba —dice Carpentier—, además que esa presencia y vigencia de lo real maravilloso no era privilegio único de Haití, sino patrimonio de la América entera, donde todavía no se ha terminado de establecer, por ejemplo, un recuento de cosmogonías. Lo real maravilloso se encuentra a cada paso en las vidas de hombres que inscribieron y dejaron apellidos aún llevados” por los hombres y mujeres de nuestro continente.

En este sentido, los acontecimientos históricos son la base de la creación literaria de Carpentier. La vida cotidiana en cada uno de los pueblos es imprescindible para la creación artística. La historia desempeña un doble papel: no sólo sirve de material para la invención, sino que da credibilidad al argumento carpenteriano acerca del realismo maravilloso. Los hechos que se reseñan, si cabe usar esta palabra, demuestran la diferencia de América respecto de Europa y reafirman la originalidad de su realismo maravilloso.

Dice Carpentier en su prólogo a *El reino de este mundo* lo si-

guiente: “El relato que va a leerse ha sido establecido sobre una documentación extremadamente rigurosa que no solamente respeta la verdad histórica de los acontecimientos, los nombres de personajes —incluso secundarios— de lugares y hasta de calles, sino que oculta bajo su aparente intemporalidad, un minucioso cotejo de fechas y de cronologías. Y sin embargo, por la dramática singularidad de los acontecimientos, por la fantástica apostura de los personajes que se encontraron, en determinado momento, en la encrucijada mágica de la Ciudad del Cabo, todo resulta maravilloso en una historia imposible de situar en Europa, y que es tan real, sin embargo, como cualquier suceso ejemplar de los consignados, para pedagógica edificación, en los manuales escolares. ¿Pero qué es la historia de América toda sino la crónica de lo real-maravilloso?”

Dicho de otra manera, para Carpentier, América Latina tiene su propia identidad literaria que no tiene por qué ser una copia de lo que hacen los europeos. Esta singular identidad americana proviene de su misma historia, plagada de encuentros y desencuentros, sin duda dolorosos en la mayor parte de sus tramos, que, en definitiva, hicieron al hombre latinoamericano. Afirma que nues-

tra historia es distinta a las demás historias del mundo y en este hecho reside la conciencia y la identidad americana. "Historia distinta, desde un principio, puesto que este suelo americano fue los anales de nuestro planeta: encuentro del indio, del negro, y del europeo de tez más o menos clara, destinados, en lo adelante, a mezclarse, entremezclarse, establecer simbiosis de culturas, de creencias, de artes populares, en el más tremendo mestizaje que haya podido contemplarse [por eso, no hace falta que hablemos de la necesidad de que seamos originales] pues éramos, ya, originales, de hecho y de derecho, mucho antes de que el concepto de originalidad se nos hubiese ofrecido como meta".

Por todo lo anterior, Ana Sánchez Molina considera que "la poética de Alejo Carpentier pretende modificar tanto la historiografía literaria latinoamericana (espacio estético), como el imaginario social y la memoria colectiva (espacio ético). Su preocupación por la(s) identidad(es) culturale(s) y nacional(es) en América Latina busca incidir en la comprensión de la visión de mundo y el comportamiento social. El texto carpenteriano intenta legitimar una nueva imagen de la realidad continental, de la Amé-

rica maravillosa, con el fin de reconstruir una nueva visión sobre ella".

Carpentier emprendió una peregrinación al interior del continente para dejarse impregnar por la realidad circundante. En el Caribe, le llamó la atención la original singularidad de estos pueblos, compuestos de una mezcla genética y de culturas. Le llamaron poderosamente la atención los sucesos en torno al reino de Henri Christophe, expresión máxima de los extremos a los que se puede llegar en este continente. Dirá en general de esta parte de América, El Caribe, después de pasar revista de sus héroes, sus luchas y sus muestras de solidaridad; que "es una espléndida realidad y su común destino no deja lugar a duda. Tomar conciencia de la realidad del Caribe es ampliar y completar la conciencia de una cubanía exaltada por el triunfo de nuestra Revolución, cubanía que se inscribe en un ámbito geográfico que desempeñó un papel primordial y decisivo en la historia de América, nuestra América, la América de José Martí".

En la parte del continente que Carpentier denominó *Tierra Firme*, nuestro autor intentó llamar la atención sobre el ser latinoamericano, lo que tiene de sueños

compartidos y su grandeza cultural, en algunos casos, anterior a las más excelsas creaciones europeas. Nuestro autor recalca que hay una estética en las elaboraciones de los pobladores del nuevo mundo. El arte de los indios, en su distinta variedad, “demuestra que el pensamiento colectivo de cualquier pueblo de los mal llamados primitivos o salvajes procede de acuerdo con leyes universales que son comunes a todos los hombres”.

Del Páramo Andino, Carpentier sacó una visión de lo majestuoso de América, y describió sus emociones contradictorias. En un momento dice tener ganas de huir, en otro momento, de acostarse en la tierra para no abandonar nunca este grandioso y abrazador paisaje. En fin, “hay emociones que recompensan a un hombre de años de lucha, de rutinas, de monótonas limpiezas por el modo de vivir de los demás. Cuando volví a la Mesa de Esnujaque, luego de ascender a la alta montaña, tuve la sensación de que mucho puede perdonarse al destino, cuando es capaz de ofrecernos compensaciones como esta visión que acabo de tener del mundo lunar del Páramo de Mucuchíes”.

Así, todo lo anterior constituye la visión de América de Car-

pentier. Sobre la experiencia de lo vivido en las distintas culturas, los distintos paisajes, el cubano entendió que lo único que le quedaba era vivir cabalmente como americano y desde allí iluminar el mundo. Definió de esta manera su misión. “Hoy, la única aspiración de América, es América porque los problemas ideológicos que se plantean a sí misma son peculiarísimos y difieren totalmente de los que pueden inquietar a los escritores del Viejo Continente. Las actitudes del intelectual de América no pueden aparearse con las del intelectual de Europa”.

Dicho de otra manera, las diferencias encontradas en los distintos lugares que visitó no impidió que Carpentier presentara una visión unitaria de América. En el fondo, para nuestro autor el joven continente comparte un destino común que todos sus hijos deberían luchar por realizar. “La existencia de América —sostiene Ligia Bolaños Varela, en su prólogo de la obra de Sánchez Molina— pasa necesariamente por el reconocimiento de una totalidad que, si bien particularizada, debe y puede dar cuenta de la construcción de procesos macro que permiten identificarla”. En este sentido, la revolución cubana es sin duda uno de estos pro-

cesos que, en opinión de Carpentier, podría ofrecer este marco común. Sobre la importancia de la revolución declaró lo siguiente, en el marco de un discurso pronunciado en el Aula Magna de la Universidad Central de Venezuela el 15 de mayo de 1975: “En cuanto a mí, a modo de resumen de mis aspiraciones presentes, citaré una frase de Montaigne que siempre me ha impresionado por su sencilla belleza “no hay mejor destino para el hombre que el de desempeñar cabalmente su oficio de Hombre”. Este oficio de hombre he tratado de desempeñarlo lo mejor posible. En eso estoy, y en eso seguiré, en el seno de una revolución que me hizo encontrarme a mí mismo en el contexto de un pueblo. Para mí terminaron los tiempos de la soledad. Empezaron los tiempos de solidaridad”.

Sin embargo, al contrario de lo que puede interpretarse a la luz del párrafo anterior, las preocupaciones políticas y sociales de Carpentier, la honda necesidad de solidarizarse con el sufrimiento material de los hombres de América Latina, no iniciaron con el triunfo de la Revolución cubana. Mucho antes de esta fecha nuestro autor ya se había involucrado en las luchas políticas de su tierra. A este respecto, Klaus Mü-

ller-Bergh dice de nuestro personaje, desde su temprana juventud, “hierva al calor de los movimientos intelectuales e inquietudes políticas de los jóvenes, identificándose espiritualmente, y sin reservas, con el grupo cubano de su generación”.

Por haber asumido las inquietudes sociales y políticas de sus conciudadanos, Carpentier permanecerá durante siete meses en las cárceles del dictador Machado. En ese momento, nuestro autor pertenecía al Grupo Minorista, un movimiento artístico e intelectual que pretendía romper con los ritmos e imágenes tradicionales propias del romanticismo del siglo XIX. Estos jóvenes intelectuales pretendían no sólo enfocarse en los asuntos culturales, sino también, atacar las raíces de los problemas sociales, económicos y políticos de su tiempo. El mismo autor relata en estos términos su vinculación con los problemas de su tiempo. “Y resulta interesante recordar que ya en 1927 podía yo afirmar con tales hombres un manifiesto premonitorio, donde nos comprometíamos a laborar: 1) Por la revisión de los valores falsos y gastados. 2) Por el arte vernáculo y, en general, por el arte nuevo en sus diversas manifestaciones. 3) Por la reforma de la enseñanza pública. 4) Por la in-

dependencia económica de Cuba, y contra el imperialismo yanqui.5) Contra las dictaduras políticas unipersonales en el mundo, en América, en Cuba. 6) Por la cordialidad y la unión latinoamericanas”.

Resulta interesante resaltar el hecho de que la primera novela de Martí haya pretendido poner de relieve el submundo de los negros de Cuba. Según los estudiosos de la época, este grupo social era el más marginado de entre los marginados. A los descendientes de África se les discriminaba por su color de piel y eran relegados a los últimos peldaños en la pirámide social. Además, observa el autor que en su tiempo, “se verificó un proceso de acercamiento a lo negro enfatizado por el hecho de que los escritores y artistas de la etapa cosmopolita habían cerrado los ojos, obstinadamente, ante la presencia del negro en la isla, avergonzándose de ello”.

En este contexto, afirma Klaus Müller-Bergh, “en reacción contra ese espíritu discriminatorio, se iba hacia lo negro —y Carpentier participó de esta fiebre— con un entusiasmo casi excesivo, hallando en su ámbito ciertos valores que se preferían a otros, tal vez más líricos pero de muchos menos fuera”. Esta tendencia cultural que se denomina vanguardis-

mo y, en buena medida, nuestro autor participó de ello. “Comparte los anhelos de sus coterráneos, y encuentra amigos y colaboradores entre las figuras principales del movimiento. En esta época irá a menudo con un grupo de conocidos a escuchar las actuaciones profesionales del compositor Amadeo Roldán”, sigue diciendo Müller-Bergh.

Entendida en toda su dimensión la intencionalidad que anima la obra de Carpentier, se puede decir que persigue la liberación de los marginados. En el caso anteriormente citado, se trata del negro cubano. Pero, en su conjunto, la obra de nuestro autor intenta rescatar la identidad del hombre y de la mujer latinoamericana con el objetivo de liberarlo de sus ataduras. Dice Carpentier a este respecto que con su nueva manera de entender la creación literaria latinoamericana, “lejos quedaron los tiempos en que veíamos nuestra historia como una mera crónica de acciones militares, cuadros de batallas, intrigas palaciegas, encumbramientos y derrocamientos, en textos ignorantes del factor económico, étnico, telúrico, de todas aquellas realidades subyacentes, de todas aquellas pulsiones soterradas, de todas las presiones y apetencias foráneas —imperialistas para decir

lo todo—que hacían de nuestra historia una historia distinta a las demás historias del mundo”.

Carpentier invita al escritor latinoamericano a liberar a sus hermanos. Está invitado a desenmascarar la realidad para ayudar a forjar el hombre nuevo que necesitan nuestras tierras. Este propósito de desenmascaramiento se logra dialogando, tratando de comprender el lenguaje y el diario vivir de la gente. “Y me pregunto ahora —dice Carpentier—si la mano del escritor puede tener una misión hay que entender el lenguaje de ese mundo (...) ¿qué lenguaje es ése? El de la historia que se produce en torno a él, que se crea alrededor de sí, que se afirma en derredor suyo”.

Carpentier no sólo participó activamente en la tarea de descifrar este lenguaje y denunciar, criticar la realidad de sus coetáneos latinoamericanos, sino que también se comprometió políticamente en la defensa de esta causa. Ya se decía más arriba que su compromiso político lo llevó a la cárcel durante los años veinte. Más adelante, luego del triunfo de la Revolución cubana, colaboró activamente en la defensa de la misma. Morirá, en 1980, en la ciudad de París, como embajador de Cuba ante el Estado Francés.

Este año se celebra el centenario del nacimiento de Carpentier y veinticuatro años desde que dejó de existir aquel ilustre cubano, que se complacía a sí mismo en llamarse hijo de América. También es el momento para detenerse en el camino y rememorar el legado histórico literario de Carpentier. Mucho se ha escrito, por ejemplo, acerca de la influencia de nuestro autor sobre los escritores latinoamericanos posteriores al movimiento vanguardista. Y, en buena medida, se cumplió el sueño del autor de *El Camino de Santiago*, de una literatura americana madura y que se sienta segura de presentar sus letras de nobleza ante el mundo.

Después de Carpentier, no hubo que temer que la inclusión de las letras latinoamericanas en el contexto de la hispanidad quitara brillo a éstas. Al contrario, a las antípodas de lo que decían ciertos literatos españoles a mediados del siglo veinte, el foco de atención en cuanto a producción literaria en lengua castellana se refiere, se ha desplazado a nuestro continente.

Con todo, no vendría mal recordar a la nueva generación de escritores latinoamericanos sobre un tema, reiteradamente enfatizado por Carpentier: la creación litera-

ria no puede estar desvinculada de la vida concreta de los pueblos. Dicho de otra manera, en palabras de Roland Barthes, hay que ser consciente que “la escritura, siendo la forma espectacularmente comprometida de la palabra, contiene a la vez, por una preciosa ambigüedad, el ser y el parecer del poder, lo que es y lo que quisiera que se crea de él”.

BIBLIOGRAFÍA

Carpentier, Alejo. *Visión de América*, Seix Barral, Biblioteca Breve, Barcelona, 1999.

———. *El reino de este mundo*, 5ª edición, Arca Editorial Montevideo, 1972.

———. *El siglo de las luces*, 4ª edición, Compañía General de Ediciones, S.A. México, 1968.

———. *El recurso del método*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1974.

———. *Concierto barroco*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1974.

———. *Obras completas. Crónicas 1. Arte, literatura, política*. Siglo Veintiuno Editores, México, 1985.

———. *Obras completas. Crónicas 2. Arte literatura, política*. Siglo Veintiuno Editores, México, 1986.

Licea, Tania y Luis Rodríguez. *Alejo Carpentier, tres relatos, tres análisis lingüoestilísticos*. Editora de Ciencias Sociales, La Habana, 1997.

Rodríguez Alcalá, Hugo. *Narrativa Hispanoamericana*, Gredos, Madrid, 1973.

Sánchez Molina, Ana C. *Alejo Carpentier: Cronista mayor de Indias de la época contemporánea*, Editorial de la Universidad Nacional Campus Omar Dengo, Costa Rica, Heredia, 1997.

Varios. *Historia y mito en la obra de Alejo Carpentier*. Fernando García Cambeiro Editor, Buenos Aires, 1972.